

CRISTINA
PRIETO
SOLANO

Puntuando
el amor

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Cristina Prieto Solano, 2023
AUTORA representada por IMC, Agencia Literaria S.L.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-48-9
Depósito legal: M. 20.528-2023
Printed in Spain

*Este quiero dedicárselo a todas las citas Tinder
que he tenido y que, aunque no llegaran a nada
más que un café o una cerveza, me han dado
algunas de las anécdotas más divertidas y
surrealistas de mi vida.*

1

No puedo dejar de mirarlo.

Llegados a este punto, estoy convencido de que la sorpresa se ha unido con la indignación en una masa pegajosa que mantiene mis ojos adheridos a este trozo de papel absurdo.

Absurdo, joder. Es que no tiene ningún sentido.

Lucas Pérez

Edad: 25.

Aplicación: Tinder.

Duración: 12 minutos. 3★

Preliminares: Inexistentes. 0★

Aguante: 3★

Comunicación: 2★

Dotación: 4★

¿Orgasmo?: Él, sí. Yo, no. 0★

Conclusión final: Más o menos satisfactorio para un polvo de una noche, pero necesita mejorar en tratar de complacer a su pareja. Tiene el foco centrado en su polla. No repetiría. No se lo recomendaría a mis amigas.

Cuando te decían en el cole que no te llevaras desconocidas a casa, creo que se referían a esto. No sé qué me alucina más: todo el concepto de que Nuria se haya tomado la molestia (o más bien, el puto esfuerzo) de haber vuelto a mi piso tras nuestro encuentro, o que haya sido para introducir esta nota escrita a ordenador en mi buzón.

Es que me la imagino saludando a Pepe, el portero, y casi me da la risa histérica.

¿Quién cojones se cree que es?

Para empezar, no estoy nada de acuerdo con esas valoraciones. Claro que hubo preliminares. Por supuesto que hubo comunicación. Y estoy convencido de que se corrió o, al menos, eso me dijo. Sería el colmo que se quejara de sus propias mentiras.

¿No me recomendaría a sus amigas? Como si me importara algo. Como si la necesitara para ligar, joder. Nunca me ha hecho falta nadie para eso.

«Lucas, tranquilízate. Respira», me ordeno mentalmente.

Tengo una cierta tendencia a hablar conmigo mismo, lo reconozco.

«Esto tiene que ser una cámara oculta», deduzco, y alzo la vista en medio del portal, donde sigo clavado, esperando encontrarme a Toni y Álvaro partidos de risa y con los móviles en alto.

Pero no. Sigo solo y ni siquiera Pepe me está prestando atención.

«Desde luego, quien advierte sobre las aplicaciones de ligar lo hace por algo. La gente está fatal de la cabeza», resoplo dramáticamente y arrugo la nota en mi mano antes de continuar mi camino hasta el bajo izquierda, donde vivo.

Casi se me había olvidado la bolsa del Mercadona que llevo en la otra mano, así que me desequilibro un poco al retomar la marcha. Después de esa «pausa dramática», siento hasta como si el corazón me volviera a latir.

«Tiene el foco centrado en su polla», no puedo parar de repetirme, como si se me hubiera estropeado un tocadiscos de estos antiguos. Sigo sin creérmelo del todo.

—Hola —anuncio cuando consigo hacer malabares con las llaves, la bolsa y la nota que sigue arrugada en mi mano izquierda para entrar en la casa.

—Hola, caraculo —me saluda Lorena desde el salón, al otro lado de la casa.

El pequeño piso en el que llevo viviendo tres años tiene una distribución rara de cojones. Se nota que era una casa enorme pero que la dividieron en dos (o tres, tenemos dudas con la del otro lado) para sacar más pasta con los alquileres. Al entrar te das de bruces con un pasillo largo hacia la derecha que corona en el pequeño salón, en el que solo cabe un sofá y, si me apuras, ni siquiera cabría la tele si no nos hubiera dado igual la lesión visual que genera verla a apenas medio metro de distancia.

Por el camino te encuentras mi cuarto, el baño, la pequeña cocina (sin extractor, lo que es importante para deducir que no era una cocina) y luego el cuarto de Lorena. El espacio mínimo indispensable para sobrevivir y tener la cara dura de cobrar un alquiler de ochocientos euros.

¿Y por qué sigo viviendo aquí? Bueno, primero estaba cerca de la universidad y de las zonas de fiesta y ahora... ahora me he encariñado.

Supongo que soy así de estúpido.

Y tengo que reconocer que cuando el año pasado se piró Juan y se mudó Lorena, mi mejor amiga desde el instituto, el piso ganó bastante aunque sea en compañía. Y eso que la chavala no me deja ni un instante de paz.

—No te vas a creer lo que me ha pasado. ¿Recuerdas Tinder?

Dejo la bolsa en la cocina mientras alzo la voz para que no tenga problema en escucharme.

—¿Tu tío el del pueblo? —bromea, también vociferando.

Los vecinos tienen que estar hartos de nosotros y nuestros gritos.

—La aplicación esta...

—Ah, claro. Alguien me ha hablado de ella, alguna vez —sigue la broma—. Es famosilla.

—Pues es una mierda.

—Suen a anécdota interesante.

Después de guardar los yogures y las hamburguesas en mi balda de la pequeña nevera, cierro la puerta con fuerza (porque si no, se vuelve a abrir al cabo de un rato) y avanzo con zancadas decididas hasta el salón.

Me la encuentro tirada, ocupando la totalidad del sofá, con una sudadera de estas de capucha gris que creo que usa tanto que se le ha fundido con la piel y el pelo oscuro en un moño alto destrozado. Esto del paro le sienta tirando a regulín.

—Te vas a descojonar —le advierto antes de acomodarme en el brazo del sofá, a sus pies.

Ella baja los brazos y entrelaza los dedos a la altura del estómago, envuelta en calma.

—Seguro. Y de ti, siempre. Adelante.

Siempre he considerado que una imagen vale más que mil palabras (y contar historias me da muchísima pereza) así que estiro el puño para tenderle la nota arrugada, que ya debe estar bien calentita de tanto que la he apretado en la palma.

—¿Qué es esto?...

A la vez que fârfulla, mueve el trasero hacia atrás para tratar de incorporarse en el sofá. La observo desplegarla, casi con curiosidad, y trato de no pensar mucho en lo que dice de mí. Estoy convencido de que le va a hacer gracia, pero aun así no me esperaba la carcajada que suelta en ese momento. El ruido histérico a la vez que señala el papel me deja aún más en la inmundicia que esa especie de «reseña» que ha caído en mis manos.

—¿Qué es esto? ¿Es una coña?

—Pues no tengo ni puta idea. Ha aparecido en el buzón. Y está firmado por la pava del sábado.

—¿La tía esa artística?

—La ilustradora o dibujante o no sé qué... Nuria.

—Pero ¿qué le has hecho a la pobre chavala?

—¿Yo? —me indigno y me pongo la mano sobre el pecho—. ¿Por qué asumes que le he hecho algo yo?

—Tronco, para que te venga con esto... No sé, hubiera esperado un atropello de mascota o algo por lo menos equivalente.

Ladea la cabeza, aún agarrando la nota con ambas manos y sin despegar los ojos de ella.

—Pues no. Cenamos, nos enrollamos, follamos y se fue de casa. Punto. Es que joder, estamos a lunes. Ni si-

quiera me ha dado tiempo a que se me considere un capullo por no escribirle.

—¿Ibas a hacerlo?

—No —reconozco—. Pero eso ella aún no lo sabía y la puta nota parece que está en el buzón desde ayer.

—Qué fuerte —susurra—. ¿Hará esto con todos los tíos?

—Es probable. O sea, no creo que le haya dado la locura instantánea solo conmigo.

Lorena carraspea y dobla con cuidado el papel, como si fuera un tesoro que no quisiera estropear por nada del mundo. Una de las dos bombillas del techo del salón parpadea, esa señal que lleva haciéndonos semanas de que va siendo hora de cambiarla. Pero nosotros hacemos como si no nos diéramos cuenta, claro.

—Pero a ver. Lucas, Lucas... Lucastito —me toma el pelo, con una sonrisa y clavándome la mirada. Una de esas que solo te puede dirigir alguien que te conoce como la palma de su mano—. Rememora la cita, anda. Algo has tenido que hacer para desatar esto.

—¡Que nada! —me exaspero, y me levanto—. Lo mismo de siempre. Joder, te voy a reconocer que igual no fue la cita de mi puta vida, ni el polvo más memorable del universo, pero he tenido citas de mierda y te puedo asegurar que esta no entra ni en el top diez.

—Joder, ahora querría haber estado en las otras.

—Lore... —gruño, algo enfadado.

—Vale, vale, *champion*. —Alza las manos en señal de rendición—. Mira, tú pasa. Es una loca, pues no vuelves a quedar con ella y listo. Eso que te llevas.

—No se te ocurra contarle esto a nadie.

—¿Me puedo quedar la nota de recuerdo?

—Haz lo que quieras, yo pensaba tirarla y que le jodan. —Me encojo de hombros—. Ahora, si no te importa, tengo otra cita con una que te puedo asegurar que ya me ha puesto una muy buena puntuación...

Le guiño un ojo y ella se ríe.

—Lucas, ese amigo machirulo que toda chica desea tener, de cita en cita intentando cabrear a más mujeres.

Le enseño el dedo corazón como toda respuesta y desaparezco, dispuesto a darme una ducha tan intensa que se me quite de la piel toda la mierda que me ha generado la puta nota.

¿Quién se cree esa tía que es para calificarme?

Lo mejor que puedo hacer es olvidarme de ella y punto. Total, es lo bueno de Tinder: no tienes por qué volver a ver a nadie nunca más.